

*ANTOLOGÍA*

Al libre lector

Ninguno de los renombres, oh lector, con que el vulgo de los escritores suele invocarte, me parece a propósito: los que te llaman benigno adulan su miedo y no consiguen tu gracia; si te invocan discreto, no sé por qué te instruyen tanto la invención, pues no hay entendido que la tenga mala; los que te culpan mordaz y envidioso, o presumen tener que les envidies, o se imaginan inculpables en sus escritos. Por tanto, pretendo esta vez que seas lector libre y atento, pues de tu juicio y neutralidad necesito más los ratos que te ocuparen los números y las voces de esta -que no sin propiedad intitulé- Lira de las Musas, en metáfora de la diversidad de sus cuerdas y sonidos graves, agudos, dulces y varios. Así se diferencian los poemas de este volumen: los heroicos, con majestad de sentencias y respeto de las voces que las sirven; los líricos, en la dulzura de sus conceptos, novedad de sus locuciones y frases, hermanando los dos estilos con artificiosa y natural armonía. Ésta ha sido la idea que se ha procurado imitar, habiendo huido con afectación de la afectación y de la oscuridad, escollos no sé si tan considerados, como ciertos, de muchos escritores.

Ya, pues, que te has empeñado en juzgar la calidad y naturaleza de estas flores, que en el desaliño de su desorden representan más ser arrancadas que cogidas, te quiero insinuar algunos presupuestos. Sea el primero, que estos versos estaban escritos y esparcidos años ha en manos de muchos amigos y extraños. Instábanme aquéllos que los estampase, reconviniéndome con la honra que he debido a España y a Italia en mis antes divulgadas obras. No me pareció, pues, que en imprimirlos añadía más peligro, sino más papel, y que en éste se redimirán muchos yerros que los traslados bastardos añaden a los que confieso van en los originales, habiéndome sido más fácil conocerlos que enmendarlos.

Estas conveniencias y motivos aún no vencían mi respeto al ceño de los Juicios graves, que ya por mis mayores profesados estudios, ya por mis diferentes ministerios y atenciones, parece podían extrañar estos floridos empleos de la pluma, notando que por junio los claveles más bienquistos parecen reacios en los jardines y los extraña el mismo que los compra. Pero hallará la respuesta muy a mano quien se holgare más de la satisfacción que de la calumnia, pues en hecho de verdad, como queda dicho y consta de la fecha de este privilegio, no se escribe ahora lo que ahora sale; advirtiéndose asimismo que, si quedasen manuscritos estos versos, les amenazaba el daño que ha sucedido a los más autores, especialmente modernos que, omitiendo en sus días divulgar sus obras, padecen difuntos el arbitrio y adulterio de falsos moldes, donde el interés vende el nombre, y no las obras de los escritores; injuria, como póstuma, irreparable, y nuevo contagio que halló como prender en las cenizas.

Aquí pues, se ofrece al hastío de los gustos que vemos una diversidad de poesías que de suyo, y por sí sola, aún suele merecer con los descontentos. Cualquier asunto te detendrá poco, sin obligarte a dependencia para enterarte de sí, y ningún deleite se te consentirá sin alguna enseñanza moral, o sin alguna imitación poética, de que está tejida esta numerosa tela.

Caigan estas flores del árbol del ingenio que, ya, más que verde, fecundo de mayores frutos históricos y políticos, te cita a las veras de más serias vigiliass, no con ánimo de añadir libros al cúmulo de nuestros modernos, sino de lograr algunos discursos que de las experiencias y estudios varios con algún desvelo he observado, reducidos a un método que se conforme con la variedad de los sujetos a quien habla. Séante, pues, bienquistas estas ofertas, si no por dignas, por confiadas de tu Juicio. Vale.

A su Alteza Serenísima

Como dichoso y doméstico testigo, Serenísimo Señor, de cuán agradables son a Vuestra Alteza las letras, y del amparo que hallaron siempre en su grandeza y benignidad los profesores de ella, y sabiendo por asistida experiencia el ingenio y comprensión con que penetra lo arcano misterioso y más escogido de las ciencias y artes, resultando todas de su aceptación más liberales, me atrevo en virtud de mi oficio a poner en las augustas manos de Vuestra Alteza este compendio de todas mis obras poéticas, feudo, tan natural como debido, de mi corta erudición adquirida e ilustrada en sus reales libros. Pero saliendo de este común sagrado, reconozco más especial motivo del rendimiento de estos floridos frutos a Príncipe que se ha dignado a valorar con repetidas protecciones mis desveladas fatigas y trabajados ocios.

Admita, pues, Vuestra Alteza, estas ejecutadas premisas de futuros y más heroicos partos, pues hoy se conciben en sus invictas hazañas, para lograrse el día que, haciendo inmortal clarín de su ya merecida fama, escuche el orbe mis heroicos números, en mérito de su inmortal asunto; con. sintiendo ahora Vuestra Alteza Serenísima, no a la mía, sino a la humilde frente de este libro, su augusto e invicto nombre, con que no envidiare los laureles de que tanto engríe el Parnaso a sus ahijados. La calumnia, entretanto, sobreciega, deslumbrada con que mis obras granjean tan alto dueño contra las experiencias de mi rudeza, argüirá misterios de valor en estos frutos, respetando el Planeta que los alienta y educa, pues ya por efectos de su favor aspiran a la posteridad que les niega lo débil de su naturaleza.

Esta codicia de mayor vida, comunicada por unirse a los sujetos mayores, es más disculpada en mí por menor y más afecta hechura de Vuestra Alteza, de quien cobro en recompensa de esta dádiva corta las usuras que Garcilaso de la Vega, tan docto como noble soldado, parece que atestigüa cuando dice:

Quien más cerca se halla del gran hombre, piensa que crece el nombre.

El de Vuestra Alteza se ha hecho tan grande por las letras y por las armas que, a no haberse extendido por los términos de Europa su valor y su esfuerzo, no cupiera en los de su dichosa España. Esto recela aquí la verdad, como allá la lisonja en la muerte de los tres Pompeyos. Y, pues, ni los méritos de Vuestra Alteza caben en sus breves, cuanto fértiles años, donde la subida verdad de sus proezas no teme de la adulación los siempre inferiores realces, ni en mi rendimiento hay oferta que no sea debida, disculpado de haber presumido lucir mis sombras entre los claros resplandores que venero, anunciándoles perpetuo oriente en la vida y más eterna posteridad en la fama. Rogaré con súplice afecto a Dios lo mismo que en sus prósperos sucesos nos ha enseñado a esperar, pues ascendiendo con tan favorables pasos a la cumbre de lo inmortal, siendo brazo robusto de la Religión y de la tranquilidad de España, es consecuente que en la vida temporal goce Vuestra Alteza los años que la Cristiandad ha menester y sus más afectos y humildes criados debemos desear.

El menor criado de Vuestra Alteza, que sus pies besa.

Don Gabriel Bocángel Unzueta.

*Elegía fúnebre. Hablando con una señora, deuda suya*

Salga del llanto el son, y no del canto;  
adonde nace el sol, adonde espira  
-Gerarda ya dichosa- suene el llanto.  
Haz por caber un rato en poca lira,  
pues supiste caber en tierra poca,  
y estás do sólo alcanza el que suspira.

Y aunque a los labios esta acción no toca,  
pues la pena que vive de difunta  
tiene hacia el corazón siempre la boca,  
siendo boca que abrió la aguda punta,  
que vida te causó y al mundo muerte,  
responderá a la tácita pregunta.

Fuertísima naciste en no ser fuerte;  
donde es pena el durar, morir es gloria;  
suerte es salir, de donde entrar es suerte.  
Es la hermosura tan sucinta historia,  
porque añade a la vida un accidente,

que el momento aun se tarda en la victoria.

¡Ay hermosura mal lograda! Miente  
la risa de la aurora; no es temprano  
llorar al sol en su dorado oriente.  
De tus flores diciembre fue tirano,  
que escaparse del filo tantas flores  
aun fuera privilegio en el verano,

Mas, puesto que a los íntimos dolores  
siempre el discurso, y nunca la tristeza,  
alcanza del consuelo los favores,  
debamos al discurso su fineza,  
ponderando en primer lugar los daños,  
por no sanar en falso un mal que empieza.

Dístenos en tu aurora desengaños  
con tan cuerdo vivir que prometías  
sin peligro vivir cabales años.  
No por hermosa al mundo te ofrecías  
como la flor que brinda al caminante  
y es un antojo límite a sus días.

Espinas celadoras de diamante  
tu púrpura velaban con ornato,  
amenazas del más dichoso amante.  
Mas, ¿por qué- alabo el exterior recato,  
si lo imposible nace defendido?  
Aun de los ojos se profana al trato.

Que si tal vez prestabas el oído  
(por ser preciso en la deidad) al ruego,  
no tuvo puerta al alma este sentido.  
Antes venciste, como Ulises griego,  
en la lucha interior nuevas sirenas;  
sí el otro de agua, tú de amante fuego.

Así llevaste atadas en cadenas  
debajo de las ruedas triunfadoras,  
sin pena de las nuestras, nuestras penas.  
Mas, ¿dónde están las hebras voladoras  
de la madeja de los tersos rayos,  
con que, vecina al sol, su luz mejoras?

El rostro, donde estaban vivos mayos  
en cortes a votar la primavera,

¿cuál fue más, su poder o sus desmayos?  
El compuesto semblante, ¿dónde impera,  
en que a veces belleza rigurosa  
fiera se finge y enamora fiera?

¿Qué es de la mano que hospedó a la rosa  
entre cristales, o a la grave llama  
de los ojos fue blanca mariposa?  
¿Dónde está la beldad que muerta inflama?  
Y el talle, que fue espejo de la vida  
en lo ajustado, ¿qué región le aclama?

La risa que mataba sin herida  
(por ser caro matar con el cuidado)  
rindiendo siempre, ¿dónde está rendida?  
Mas, ¿dónde voy, ¡oh Antandra!, arrebatado  
de dolor, que parece en lo violento  
a la hermosura de quien es traslado?

No porque el Fénix labre monumento  
en ascuas de ámbar, en el fuego espira,  
bien que lo juzgue el crédulo elemento.  
Quema sus plumas, y a los cielos mira  
de quien recibe eternidad gloriosa;  
y es su acabar magnánima mentira.

Murió sin fenecer Gerarda hermosa;  
sus virtudes nos quedan, si ella falta,  
que el justo no se va, sino reposa.  
Su fin tan sólo al imprudente asalta;  
no es maravilla, que es naturaleza,  
de quien tanto creció, verse tan alta.

Ella vida empezó, que siempre empieza,  
y con vida acabó, que siempre acaba.  
Engañóse la muerte en su pureza,  
que, como en frutos de virtud llegaba  
a llenar cuanta edad vivir podía,  
pensó el morir que a larga edad tocaba.

Tú volvieras en llanto la alegría,  
oh Antandra, si del cielo la distancia  
no usurpase la luz que nos envía.  
Tu pérdida consagra a su ganancia,  
y si en todo el común ejemplo obliga,  
verás que la mayor vida es infancia.

¿Pasa de agosto la madura espiga,  
que sol del prado en mies dorada enciende,  
la misma sed villana que mitiga?  
El árbol, que la fruta brota y pende,  
verde víbora muere de su fruto,  
cuyo peso sus ramas postra e hiende.

Tal vez se viste de dorado luto  
la arena, a quien corriente regalada  
aseguraba sitio nunca enjuto.  
A la torre de nubes coronada  
amenaza la yedra, y desanima  
del rayo la alta cólera sagrada.

La noche al día lid eterna intima.  
Nace por suerte, muere por oficio  
el tiempo, que es de sí callada lima.  
Y no es consigo el tiempo más propicio;  
que cual Saturno sus entrañas paze  
y es de sí mismo eterno sacrificio.

Al agua, que en el mar profunda yace  
y por caduca al centro se jubila,  
penetra un torbellino y la deshace.  
Al mismo viento el viento le aniquila;  
su muerte es paz, en la discordia vive;  
sepulta su furor calma tranquila.

Ni porque en ejes de diamante estribe  
el cielo, las estrellas, sol y luna,  
hay vida allá, que con la muerte prive.  
Aun en los cielos es durar fortuna.  
El templo, donde lo inmortal contemplo,  
no dejará memoria o piedra alguna.

¿Adónde huimos, si padece el templo?  
Y todo en la común tirana gime  
que no deja vivir, ni aun el ejemplo.  
Los huesos, que en el púrpuro sublime  
reposan, guerra o sulco los disuelve,  
que aun de morir lo muerto no se exime.

De toda vida, en fin, que el mundo envuelve,  
la de los hombres menos se asegura;  
un viento, un sol, un gusto la resuelve.

Y no es la admiración ver que procura  
su fin, siendo tan frágil, mas que, siendo  
tan sujeta a accidentes, algo dura.

¡Oh vida humana, rayo sin estruendo!  
Sobra la enfermedad que la desata;  
mortal enfermedad sintió naciendo.  
Oh tú, que estás donde el vivir no mata,  
donde no es ciego amor y ve sin ojos,  
y se entiende el querer y no se trata;

venciste, y se quedaron tus despojos  
al mundo, porque en él vence quien huye;  
pues quien le asiste se vincula a enojos.  
Gerarda, el cielo a sí te restituye,  
de quien salió tu ser alto y perfeto,  
que ahora en claustros de zafir se incluye.

Pisa nuestra inquietud en trono quieto,  
y a tus pies el temor y la esperanza;  
goza aquel puro, y no apurado, objeto,  
que quien le goza más jamás le alcanza.

*Epístola moral a Filis, dama de la corte*

Filis, al ocio de esta siesta hablemos  
un rato en mi dolor y en tu desprecio,  
culpables ambos, porque son extremos.  
Niégate a esa ventana, que algún necio  
querrá acechar mi acuerdo en tu delito,  
y, para el que es censor, todo habla recio.

Deja aquesa labor, que ya marchito  
tienes el pulso, y es cesar justicia,  
pues tus labores cunden infinito.

Filis, en tu perverso trato indicia  
el mundo más engaños que en Medusa;  
a más monstruos diriges la codicia.  
Porque si aquélla, con fiereza infusa,  
los hombres en peñascos convertía,  
pasmando al orbe (que hoy en ti la excusa),  
en aquella impiedad, piedad había,  
pues al sentir quitaba el sentimiento,  
y un mármol aún agravio prevenía.

Pero tú, con designio más sangriento,  
al corazón, cual piedra endurecido,  
animas con halago fraudulento.  
Y cuando ves tu imperio obedecido,  
armada de tiránica locura,  
cebas el filo aleve en el rendido.  
¿Cuál libertad está de ti segura?  
¿Cuál corazón en la mortal esfera  
feudo de amor no rinde a tu locura?

No tantas gentes militar bandera  
agrega al son real de caja de oro,  
a codiciosa lid antes que a fiera,  
como tu industria, desde el indio al moro,  
a Venus alistó cualquier vasallo,  
haciendo tienda pública el decoro.  
Si te viera Sinón, yo juzgo y hallo  
que eligiera tu vientre el cauto griego  
por más capaz de cuerpos que el caballo.

Mas con la sedición, codicia y fuego  
que en ti contemplo, el Paladión se olvida;  
con tus estragos fue, el de Troya, juego.  
En el umbral primero de la vida,  
cuando se engolf a el barco de la cuna,  
en llanto de esta muerte repetida  
lloraste, no la universal fortuna,  
mas pidiendo llorabas, o el agravio  
de no saber pedir con seña alguna.

Bocas fueron tus ojos, que al más sabio  
movieron, no perdiendo por confuso  
la interesada erudición tu labio.  
Creciste, y luego Aragnes te dispuso  
a hilar; sacabas de una astilla hueca  
vellón, sirviendo de ganzúa el huso.  
Allí notabas que una rama seca  
rinde fruto, pulsada por el arte;  
que estos estudios te adquirió la rueca.

Cantabas, no por diestra en esta parte  
que el pájaro de Cumas, ni Caístro  
contigo ni una cláusula reparte,  
sino por desnudar del más ministro  
la modestia con tonos desenvueltos,

de tu lascivo amor primer registro.  
Si bailas, no miró miembros tan sueltos  
en sus ninfas ribera gaditana,  
ni pasos hacia Venus tan resueltos.

Hablan armadas de elocuencia vana  
las manos, gime el ébano, y, herido  
el aire, en diestros círculos devana.  
El paso, de sí mismo interrumpido,  
tropieza con descuido procurado  
y esconde en el desmán lo socorrido.  
Despiertan nuestros ojos al cuidado,  
y al que no puede amor prende el deseo,  
sólo a bastardo incendio dedicado.

En fin, el noble y el plebeyo empleo  
tiran en la coyunda de su vicio  
el carro de tu loco devaneo.  
Luego, con utilísimo artificio  
este rendido número gobiernas,  
desnudando al intento del indicio.  
Al humilde le das lisonjas tiernas,  
y engañas con platónica alabanza,  
aplaudiendo sus ansias por eternas.

Y al que cansa por larga esperanza,  
y se introduce audaz a los favores,  
con destemplada voz le das templanza.  
Y no tanto te extrañas, porque ignores  
la condición del vicio ejecutivo,  
que como el áspid se desmiente en flores,  
como por conservar exento y vivo  
el fuero libre del tirano gusto,  
y que un lance no estorbe al sucesivo.

Pero lo que en tu imperio más injusto  
se ofrece, no es que engañes con el trato  
(que hay lazo en tu asechanza más robusto);  
de tu talle, tu rostro, y de tu ornato,  
por la ofensa del pueblo, me querello,  
donde el mentir ostentas más ingrato.  
El cabello, ya cano, si antes bello,  
denegrado las tintas obedece,  
y escondes el cabello en el cabello.

Color el rostro, sin color, ofrece;

no hay allí candidez, aunque hay blancura,  
y en la cara, la cara no parece.  
Pues no es más verdadera, no, la altura  
que finge el corcho, pues si de él te apeas,  
de ti será lo menos tu estatura.  
Si quieres ver tu talle, no le veas  
en ti, que aquella bien colchada cota  
miente mucho, sino cuanto deseas.

Ese monte de faldas que se nota,  
falsa nave de holanda cuando el viento  
sus velas hincha y su soberbia azota,  
es de, tu vanidad hueco argumento,  
en cuyo hilado laberinto ignora,  
preso, su libertad, Dédalo, el viento.  
Pues si por esto se suspira y Hora  
que es tu presencia y no eres tú, debieras  
desmentir al que finge que te adora.

¡Oh idólatra de ti!, que en vano esperas  
ser por mérito tuyo tan sublime,  
como en nuestra lisonja te ponderas.  
Cóbrate un rato y la altivez reprime;  
anticipa con seso la venganza  
del tiempo, que prevista se redime.  
No confiado las velas abalanza  
el piloto, por ver el-viento amigo;  
sabe que arman lisonjas la bonanza.

Y no en preceptos rígidos te obligo  
a vivir sin vivir, porque el consejo  
se malquista en las señas de enemigo.  
Condeno tus abusos y te dejo  
libertad en usar de tu belleza,  
como tú pase a escándalo el despejo,  
ni el arte aspire a ser naturaleza.

*Elegía en la muerte de Lope Fénix de Vega Carpio, insigne poeta*

Si, reducido a números, el llanto  
imitase del canto la armonía  
(ya que faltó quien inspiraba el canto),  
pudiera con amarga melodía  
hacer que el labio no clamase rudo  
y que mi voz no pareciese mía.

No ocultará el dolor su causa; pudo  
atar las voces que, a pesar del labio,  
callado vivirá pero no mudo.  
Grande es morir (mas natural agravio),  
de cuya injuria pálida se lava  
-vínculo eterno de memoria- el sabio.

Póstumo de su fama, no le agrava  
morir; la parte, sí, mortal le deja,  
pues no puede morir lo que no acaba.  
Bien que, si nace del dolor la queja,  
la parte que perdió juzga perdida,  
porque con los sentidos se aconseja.

Murió, Félix, lo menos de tu vida;  
en mucha fama escondes poca muerte;  
escondióse la muerte en la huida:  
flecha del Parto fue, cobarde y fuerte,  
que con la fuga la victoria infama,  
y su acción hace equívoca su suerte.

Aun los alientos te heredó tu fama;  
no atrevo a tus cenizas la mentira  
(bien que ilustre) del hijo de su llama.  
Hoy nueva eternidad a nueva lira  
otorga el cielo; que si bien dispone,  
que muera cuanto a números respira.

Hoy hace que tus números corone  
la misma eternidad, y aun ella espera  
vestirse de lo mismo a que se opone.  
Tu voz a la del cisne se prefiera,  
pues bien que te imitaba cuando yace;  
jamás tu dulce voz será postrera.

Como al partir del sol la sombra nace,  
monstruo de hielo y sombra fabricado,  
que en los campos del cielo estrellas pace,  
estrellas que del sol fueron cuidado,  
porque cuando le apague el mar profundo  
quede su imperio en ellas reservado,  
sucediendo la luna, sol segundo,  
eco de luz que del futuro oriente  
nuevas derrama a la mitad del mundo,

así, después de tu valor luciente,  
por los redondos ámbitos del cielo,  
después que entre los astros se consiente,  
paró, alcanzada de su mismo vuelo,  
aquella pluma que, en haber nacido,  
sólo se confesó mortal al suelo.

De tus obras quedaste sucedido,  
Lope, que, como claros luminares,  
lucen contra la noche del olvido.  
No pierden el honor de singulares  
por muchas, ni de nobles, porque influyen  
entre nobles aplausos los vulgares.

Que las glorias del sol no disminuyen,  
ni engríen las cabañas que corona,  
ni las doradas torres más le incluyen.  
Conozco que la envidia no perdona  
a los mismos prodigios que sublima  
Pitón, que tú venciste en Helicon;

y tus proezas cómicas lastima,  
haciéndolas origen de los daños  
que causa la calumnia de su lima.  
Pues diste tanta luz a los engaños,  
con antorcha moral, de los mortales  
que ya sobra la escuela de los años.

Culpa son de contrarios naturales;  
califícalo el sol si reverbera  
igual sobre materias desiguales.  
Rebelde el barro, líquida la cera,  
él se obstina al favor que ella agradece,  
y un beneficio en ambos persevera.

Así inculpable, pura a sí florece  
al ejemplo y al fruto aquella Vega  
que opuesta siempre a los abusos crece.  
Aquí la suspensión el paso niega,  
y la vista, engolfada en llanto pío,  
no hallando objeto de quietud se anega.

Mira el laurel que, en sus cenizas frío,  
estrenó la primer ira del rayo,  
(que no hay contra los años señorío).  
Donde no el ruiseñor, volante mayo,

la siniestra corneja infama el viento,  
plumada trompa del común desmayo.

Ya, si no es el dolor, todo es acento,  
y aun el dolor por boca de la herida  
quisiera hablar, mas es la voz aliento.  
La gran cítara yace suspendida  
de su silencio; con aullido ronco  
la pulsa el viento, y aún derrama vida.

No es la de Orfeo que, al desdén de un tronco,  
yace en fragmentos, a sufrir la huella  
del tosco vulgo, del arado bronco.  
Que a los fastos de España firme estrella  
ilustrará la cumbre del Parnaso,  
norte a cuantos presumen merecella.

Tú, que a la eternidad abriste paso,  
y el negarte al comercio de los ojos  
el atónito mundo llama ocaso,  
vive exento de lágrimas y enojos,  
en tanto que el dolor alivio adquiere  
al ruido de tus métricos despojos.

Tu nombre sonará donde corriere  
la rueda que Pitágoras escucha,  
cuyo ruido a tu canto se refiere.  
Allí verás que toda nunca es mucha  
contra el vivir del tiempo la alta guerra,  
donde siempre se vence y no se lucha.

Séate, pues, pirámide la tierra,  
pues tu fama la erige ya tan alta  
que en su confín tu extremidad encierra.  
Goza, pues, de tu lira, que se esmalta  
con nervios de oro a sacro Apolo asida;  
pues para darte vida, que no falta,  
faltó la menor parte de tu vida.

*Carta escrita a un señor retirado, ilustre por todos méritos, de quien es muy confidente el autor*

Si en el tumulto cortesano donde  
vivo, claro Marqués, tan sepultado  
que lo más de la vida se me esconde,

puede mi ingenio, de mi amor dictado,  
hablar y discurrir con un ausente,  
de mí distante pero no apartado.

Pues en mi afecto os miro tan presente,  
y la memoria así su objeto habita,  
que el bulto sólo la atención me miente.  
Aunque sé que en los ocios se ejercita  
vuestro valor, discurro que le atienden  
contrarios mil, cuya victoria evita,  
y, por diversos entre sí, os ofenden  
con violencia mayor que por cuidados,  
y unos, como en cadena, de otros penden.

Del cielo algunos nacen derivados,  
de cuya oculta dirección y juicio  
son ministros los días y los hados,  
y, aunque hagáis de vos mismo sacrificio,  
no romperéis el sello a estos secretos,  
que secretos de Dios niegan indicios.  
Hay también otro género de efectos,  
de sus segundas causas dependientes,  
neutrales y al humano obrar sujetos.

De éstos somos autores evidentes,  
porque del bien o mal obrar se siguen  
los fines a su origen respondientes.  
Los que esta diferencia no consiguen  
(amor o miedo su discurso aleja),  
con ciegos votos en su error prosiguen.  
Los efectos que el cielo oculto deja  
penden de sí por un abuso ciego,  
les defraudamos el aplauso en queja.

Aquel que en su interior desasosiego  
es cómplice o gustoso o engañado,  
aplíquese la enmienda, calle al ruego.  
Pero aquel que obedece en su cuidado  
decreto superior, causa primera,  
frecuente el ruego y no corrija el hado.  
Al sabio nunca la violencia altera;  
antes en ella ejerce la prudencia,  
y la causa del mal en él pondera.

Si en esa, pues, solicitada ausencia  
imaginar en la fortuna os halla

no flaca, atormentada la paciencia;  
y si el talento la defensa os calla,  
cuando esconderse en la opresión procura,  
mayor victoria en la interior se halla.  
Y no en la soledad juzguéis segura  
de este enemigo dulce la victoria,  
si en sus ideas la memoria dura.

Que al continuo vencer se da esta gloria,  
dándole al desengaño mayor mano,  
que esgrime contra el alma la memoria.  
No sin misterio Alcides el tebano  
(guerrera paz de los mortales) pudo  
extinguir de la Hidra el cuello insano.  
No vencedor valiente ni membrudo,  
pues siempre que troncaba una cabeza,  
de siete el cuello se vistió desnudo.

Divina poseyó naturaleza,  
según moralizó la edad antigua,  
y en su virtud obró la gran proeza.  
Pues con celeste fuego se averigua  
que dio un cauterio al monstruo ensangrentado,  
como Ovidio pondera y atestigua.  
Así, Fabio, de fuego sacro armado,  
la gran hidra vencid del pensamiento,  
o estribe en lo quejoso o en lo amado.

Pues de violento acaba lo violento,  
y aunque intentéis a la distancia asiros,  
no hará pausa en la ausencia el sentimiento.  
No cura con ausencias ni suspiros  
el ciervo la saeta atravesada,  
arando el bosque a lágrimas y giros.  
El mérito es quietud, sólo fundada.  
Vuestros servicios, ya de fructuosos,  
de la oliva pender pueden la espada.

Los años de Fernando prodigiosos,  
hoy en bélicas glorias desatados,  
honran preceptos vuestros religiosos.  
Sus aciertos en vos fueron cuidados,  
y vuestra protección en beneficios  
el número volvió de sus criados.  
Omito vuestra hacienda, que aun indicios  
de ella apenas perdonan lucimientos,

calmados hoy, si bien ayer propicios.

Sólo digo que en estos fundamentos  
pudo fundar pirámides la suerte,  
a colocar vuestro descanso atentos.  
Pero de la quietud el sabio advierte  
que está tan lejos, quien la dicha adora,  
como el triste de quien huye la muerte.  
Y porque de cerrar la carta es hora,  
con un ejemplo os mostraré evidente  
cuanto el mortal, lo que es quietud, ignora.

Cuenta la antigüedad que hubo una gente  
tan crédula y sencilla que juzgaba  
que el de lugar más alto y eminente,  
más próximo a la luna, granjeaba  
mayor felicidad, y el más vecino  
al cielo la asistía y la trataba.  
A un monte, pues, de altura peregrino  
subir los hizo el loco barbarismo,  
cansándose en el crédulo camino.

Y viéndose en la cumbre y que lo mismo  
distaba el cielo que en el sitio bajo,  
desengaño les dio su engaño mismo.  
De su inútil fatiga y su trabajo  
consiguieron saber que el alto puesto  
no es para sosegar medio ni atajo,  
sino tener a la fortuna opuesto  
el corazón no sólo, mas el labio,  
y firmes tolerar su vario gesto.

Vos, árbitro de vos, prudente y sabio,  
mirad si en la república de adentro  
os hace lo sensible algún agravio,  
agravio en orden a buscar el centro  
de fundada quietud que mira al cielo,  
no resistida de sensible encuentro.  
Y gozaréis, feliz en grato suelo,  
del nombre y de la fama que os han dado  
la virtud, la nobleza y el desuelo,  
inmóvil a la fortuna y sordo al hado.

*Elegía a don García Salcedo Coronel, Caballerizo de su Alteza, el Serenísimo Cardenal Infante*

Aunque perdida tuve la esperanza  
de explicar mi dolor, pues le sentía,  
si bien le explica, tal desconfianza,  
me dijo amor, ¡oh ilustre don García!,  
(veréislo en mis afectos desiguales),  
que yo escribiese y él me dictaría.

Vos, que inmortal vivís entre mortales,  
en cuya boca inundan de Hipocrene  
los números que infunden sus cristales,  
atended discursivo, porque suene  
mi canto a vuestro canto prohijado  
cuanto al asunto del dolor conviene.

Al son agreste del grosero arado  
canta el rudo zagal, y con la reja  
describe sus afectos en el prado.  
Quéjase el caminante, y con la queja  
piensa alejar la pena que le oprime,  
siendo la voz no más la que se aleja.

Gime el lánguido enfermo, y, mientras gime,  
engaña su dolor y a sí se engaña;  
busca el agua que sueña, el aire esgrime.  
Doma del mar indómito la saña,  
cantando el bogavante al son del remo;  
respóndele la mar menos huraña.

Y mientras ya sumiso, ya supremo,  
rige el abeto en áspero ejercicio,  
divulga al aire su afligido extremo.  
Calle del ave no el amante indicio,  
el libre sí, cuando la voz dilata,  
que no siente quien canta por oficio.

Mueve los cielos consonancia grata,  
y envuelve la fatiga en lo sonoro,  
con que el siglo en el siglo se desata.  
Yo sólo triste callo por decoro,  
desde que el sol se muestra en oro vivo,  
hasta que esconde su cadáver de oro.

Mas en número ahora discursivo  
quiero que me debáis contar la pena,  
que agravio si con números la escribo.

Y no porque a callarla me condena,  
su causa con mis voces se profana,  
ni aquí se explica; solamente suena.

Vi (nunca viera) de cristal y grana  
ninfa gentil, o vida de la muerte,  
estrago que la muerte no le sana.  
Quedé a su vista, no de ajena suerte,  
que el tímido zagal, cuando vecino,  
el rayo escucha y el vestigio advierte.

O como, cuando errante peregrino,  
en ignota región al aire ciego,  
le halló la tempestad, le huyó el camino.  
Piloto fui que en desastrado juego  
de agua voraz y viento vacilante  
pide a la muerte el último sosiego.

Bebí el incendio de un vivaz semblante,  
dulce nido de amor, que hacer pudiera  
llama del bronce, polvo del diamante.

No en líquida obediencia al sol la cera  
así se ofrece, ni la llama pace  
metal, que en el incendio se macera,  
como mi pecho, que en cenizas yace,  
al rayo de aquel dios postró su brío,  
que infante rinde porque armado nace.

Ya mi razón, sin propio señorío,  
ligada a la coyunda de los hados,  
tiraba el carro al vencedor impío,  
y mis sentidos mudos y forzados,  
viendo rendido su infelice dueño,  
inclinaron los cuellos elevados.

Volví, cual suele de funesto sueño  
el que renace en alma de un suspiro,  
a mirar el origen de mi empeño,  
cuando a su lado en ponzoñoso giro  
espíritus miré que embarazaban  
del cielo azul el inmortal zafiro.

Los celos eran que se alimentaban,  
por los espesos páramos del viento,  
de esperanzas que en él se malograban.

Perdí la luz, la vida y el contento,  
y sin contento, luz, o humana vida  
soy de mí mismo un vivo monumento.

Alguna vez el alma enfurecida  
romper intenta el hábito y el nudo  
que la tiene a su esclavo sometida.  
Otra contempla que, si cuando pudo  
no se libró, podrá oponerse tarde,  
roto en mil partes su sagrado escudo.

Pruebo tal vez, como en difunto alarde,  
a dejarme llevar de mí tristeza,  
pues ya murió quien vive de cobarde.  
Y, como de un dolor otro se empieza,  
mi firmeza este alivio me limita,  
porque morir amando no es firmeza.

Propóneme la ausencia, y facilita  
su antídoto engañoso si el deseo  
en bultos vanos el amado imita.  
Viene tal vez el desengaño, y creo  
que me viene a curar médico aleve;  
y, en hábito de juez, fingido reo

mata al que incauto sus licores bebe.  
juzga el proceso de un amor errado,  
y a ejecutar el juicio no se atreve.  
En este laberinto sepultado  
levanto el rostro, ilustre don García,  
a que me déis el hilo deseado.

Porque si vuelvo a la ciudad del día,  
viviremos la vida de la fama  
donde se oyere la zampoña mía.  
Y bien que vuestro nombre se derrama  
desde tanto ascendiente victorioso,  
hoy repetido en vuestra culta llama,  
no menos vencedor y glorioso  
quedar podréis en mi amorosa empresa  
que en el sudor de Marte generoso.

Oeta por Alcides lo confiesa,  
de quien el mundo ya fue presa poca,  
y él, del amor, después humilde presa.

Entre tanto que súplice os invoca  
quien procura sanar, no leve hazaña  
en la dolencia de pasión tan loca;  
en tanto que ni fuerza, auxilio, o maña  
templar consiguen mi amoroso exceso,  
deba yo a vuestra lira, honor de España,  
ociosa libertad y libre seso.

*Respuesta de don García Salcedo Coronel, Caballerizo de su Alteza*

Cuando obediente quiero aconsejaros,  
erudito Gabriel, la pluma mía  
duda cobarde si podrá obligaros.  
Porque en su ciego error aquél confía  
que, agradecido al propio sentimiento,  
de lo mismo que ruega se desvía.

Lisonjear pretende su tormento  
en la engañosa voz quien pide, amando,  
remedios que no debe al escarmiento.  
Vencer procura solamente, cuando,  
en ajenas desdichas instruido,  
no va su deshonor multiplicando.

O engañado seáis o persuadido  
de más prudente celo; mi obediencia  
vuestro impulso jamás ha resistido.  
Escuchad en la voz de mi experiencia  
cuanto, a pesar de la razón segura,  
huyó precipitada adolescencia.

Lloré mi edad en sujeción oscura,  
de mis locos deseos entregado  
al imperio cruel de una hermosura.  
Creció el número ciego mi cuidado;  
aún hoy confiesan trágicos despojos  
el duro efecto de mi error pasado.

Ya libre de tan bárbaros enojos,  
distinguir puedo esclarecidamente  
más puros rayos con despiertos ojos.  
Temo el peligro que adoré imprudente,  
y del antiguo daño la memoria  
extinguir solicito diligente.

Así consigo la mayor victoria,  
que no alcanza renombre soberano  
quien se destruye en la adquirida gloria.  
¡Oh aquel prudente que, con diestra mano,  
la vez primera dibujó estudioso  
niño y con alas al amor tirano!

miró, sin duda en el afán ocioso,  
al miserable amante embebecido  
entregarse al olvido licencioso,  
y, careciendo de mortal sentido,  
sulcar el aire con incierto vuelo,  
de tantos vanamente repetido.

No menos docto acreditó el desvelo,  
cuando de flechas nos propuso armada  
la invicta mano, que adoró el recelo.  
Porque la ejecución acelerada  
de su ardiente rigor antes la llora  
que la previene el alma descuidada.

¡Oh veneno infeliz!, en quien te ignora  
la fuerza expende; no en el pecho mío,  
que tu violencia conoció traidora.  
Vencer tu bruta actividad confío,  
que perturbar no puedes mi sosiego  
cuando libre ejercito mi albedrío.

Vos, don Gabriel, si del amante fuego  
templar solicitáis vanos ardores,  
que producen mortal desasosiego,  
prevenid, recatado en los temores,  
vuestra mayor seguridad, negando  
al peligro común tantos honores.

De floreciente edad en ocio blando  
se engendra amor, y en próspera fortuna  
crece atrevido su poder infando.  
Rendido yace sin firmeza alguna,  
cuando la suerte menos favorable  
oprime sus rigores importuna,

o cuando la virtud infatigable,  
con generosa ocupación, prefiere  
atento afán a ociosidad culpable.  
Lograd la vida donde torpe muere

el ciego error, que no aborrece el daño  
quien el remedio a su dolor difiere.

Vuestro sea mi noble desengaño,  
si no oscurecen su esplendor divino  
gratos horrores de un sabroso engaño.

Vos, por quien altamente determino  
el sagrado furor del dios luciente,  
en modulante acento peregrino,  
durad futuros siglos elocuente;  
no eternicéis vuestra infeliz memoria  
con propio olvido miserablemente.

Fácil se adquiere contra amor la gloria  
del vencimiento en su primero brío,  
pero después difícil la victoria.  
Huid prudente su rigor impío,  
antes que duramente dilatado  
esfuerce vuestro ciego desvarío.

¿Cuál ánimo en sus yerros obstinado  
no admite la verdad del escarmiento,  
en tantas desventuras fabricado?  
Mirad del fuerte Alcides el violento  
dolor que pudo en el sublime Oeta  
facilitar el último tormento,

o en torpes aras la razón sujeta,  
profanar con ajeno sacrificio  
el sabio rey su religión perfeta.  
Conduce a lastimoso precipicio  
amor que lisonjea cauteloso;  
menos seguro cuanto más propicio.

¿Quién ignora el efecto doloroso  
de su injusto poder? ¿Qué providencia  
no malogró su impulso riguroso?  
En propia sangre con mortal violencia  
manchó cruel la vengativa mano  
quien aprendió su inexorable ciencia.

Dígalo en Colcos el ardor insano  
que brutalmente suspendió el castigo  
con las reliquias del infausto hermano,  
o, en las segundas bodas enemigo,

el esposo infeliz, llorando triste  
la alta ruina de que fue testigo.

Y si en la ajena adversidad resiste  
seguro aviso el corazón doliente,  
dígalos el riesgo en que penando asiste.  
Que no podrá el destino, aunque inclemente,  
oscurecer vuestro discurso tanto  
que apruebe el mal en sujeción ardiente.

¡Oh mil veces feliz!, si al dulce encanto  
defensa prevenís incontrastable,  
sordo a las voces de un fingido llanto.

Vivirá vuestro nombre memorable  
donde libre entre arenas perezoso  
Manzanares camina venerable,  
y en cuanto ciñe el piélago espumoso.

*A una belleza superior, cuanto noble, vista sólo una vez*

*Décimas*

Vi una beldad lisonjera,  
a un tiempo vista y negada:  
como dicha, imaginada;  
como muerte, verdadera.  
Huyó con veloz carrera  
en fe de que fue homicida.  
Mas de tan divina herida  
sólo siento que temió  
(siendo quien miraba yo)  
los riesgos de merecida.

Buscar quiso el corazón  
la causa de su tormento,  
pero teme el rendimiento  
no le llamen intención.  
Sospechas de galardón  
no podrán oscurecer  
un noble morir, sin ver  
que no han de poder decir  
que, sin tener que rendir,  
aún me quedó que atrever.

Bien que falta cuando empieza  
y sólo en memorias dura,  
mas parece mi ventura,  
Marcia, que vuestra belleza  
faltó con gran ligereza,  
tal que apenas el sentido  
se informó de lo lucido  
porque obrase en mi cuidado  
rendimientos lo mirado,  
y adoración lo creído.

Ver un imposible es  
fineza, que no osadía;  
en negarse a la porfía  
(no al riesgo) está lo cortés.  
Mirarle amante, y después  
temerle, es darle su honor,  
que el alto examen de amor  
es, careciendo de intento,  
enfermar de atrevimiento  
para morir de temor.

*Hablando con una dama, que estaba mirando el retrato de un hombre que la había dejado*

#### *Décimas*

No fue lisonja; fue agravio,  
Filis, del necio pintor  
dar a tu ofendido amor  
ese símbolo de Fabio.  
Menos fue pintor que sabio,  
pues de tu ingrato atrevido  
dispuso el bulto mentido.  
Nada su pincel obró,  
si el original le dio  
toda el alma a lo fingido.

Pero, que estimas recelo  
la luz de un pasado bien,  
¿no ves que miente también  
en que parece consuelo?  
Si, por verle tu desvelo  
firme en el metal, le mira,  
cambia el agasajo en ira;

no te ayudes contra ti,  
que sólo está firme allí  
en tu daño una mentira.

Y si sabes que es ingrato,  
y aún te precias de fiel,  
Filis, más sobra el pincel,  
cualquiera pena es retrato.  
Apláudele con recato,  
si algo tu dolor deshace;  
y si desdichada nace  
para ingratos tanta fe,  
sabe por lo menos que,  
quien los estima, los hace.

¿No fuera más acertado,  
buscando remedio al mal,  
quejarte al original,  
que a un insensible traslado?  
Mas dictamen fue avisado,  
de tu dolor discursivo,  
buscarle menos esquivo,  
pues no saldrá más incierto  
dar vida a un retrato muerto,  
que ley a un ingrato vivo.

*A una dama que, con la aguja que labraba, se hizo mal en un dedo, de que adoleció algunos días*

*Décimas*

Hizo de lino la muerte  
cuerda al arco de Cupido;  
para mi pecho rendido  
sobrará ser más fuerte.  
Porque mate y porque acierte  
flecha de acero añadió,  
cuando el mismo amor se hirió.  
Mas, ¡ay, Laura!, no me admiro,  
que así se dispuso el tiro  
donde más le sienta yo.

De acero sutil abeja  
que la aguja en vuestra mano,  
cuando en el jazmín ufano

grosera herida bosqueja.  
Mas del veneno en que os deja  
ofendida, Laura, agora,  
vuestra mano fue la autora.  
Ella os pudo hacer sentir;  
que, ¿quién os pudiera herir  
sino vos misma, señora?

*A una dama que había de hacer una forzosa ausencia*

*Décimas*

Partís, Anfrisa, de mí  
sin que yo parta de vos;  
ya veré que somos dos,  
que hasta agora no lo vi.  
No me admiro de que así  
se logre mi fe segura,  
pues sé muy bien lo que dura  
el bien de que amor me priva,  
y que os hizo fugitiva  
quien os hizo mi ventura.

Cruel, pero no entendido,  
su batalla amor presenta.  
Si me da tanto que sienta,  
¿por qué me quita el sentido?  
Si me ve al morir rendido,  
¿por qué quiere introducir  
que, ausente, vuelva a morir?  
No lo intentara, sabiendo  
que no morirá en partiendo  
el que no murió al partir.

A nadie la ausencia espante  
si es que el ausentarse siente,  
pues nadie murió de ausente  
si al partir vivió de amante.  
Si del rayo de un semblante  
librar la vida no puedo,  
ten, amor, el arco quedo,  
que, porque a tu honor aspiro,  
siento que pierdas un tiro  
donde se hizo tiro el miedo.

*A un retrato del autor muy semejante, que hizo Juan de Van der Hamen, pintor insigne*

*Décimas*

Niegas, oh insigne Vander,  
al bulto que das aliento,  
las voces y el movimiento,  
y es por darle mayor ser.  
Lo humano llega a tener  
número en lo que respira;  
mas tu pincel, como aspira  
a vida más soberana,  
alientos niega de humana  
a toda imagen que inspira.

Como nace a tu alabanza,  
no tiene el prodigio voz;  
pues ninguna es tan veloz  
que tan alta empresa alcanza.  
O fue que la semejanza  
evitó en el colorir  
el hablar, como el sentir,  
para que el original  
acierte a saber en cuál  
de los dos ha de vivir.

Vivas voces y aun sentidos  
dan tus pinceles veloces,  
porque no todas las voces  
se escuchan con los oídos.  
Ojos que son advertidos  
oirán a cualquier figura,  
donde hazaña más segura  
halló tu pincel valiente  
en que calle lo viviente,  
que en dar voz a la pintura.

Vive, pues (aunque fingida),  
naturaleza mejor.  
Pinta tu vida, y mayor  
será que eterna tu vida.  
La etenidad te convida  
contra el tiempo fugitivo,  
viendo que a tu honor altivo  
dos muertes se han conjurado:

la mayor, como envidiado,  
y la menor, como vivo.

*Letra*

Lo más padezco, que más  
no puede mi mal crecer;  
pues no hay más que padecer,  
y aun eso padezco más.

*Glosa*

Quien lo más llegó a sentir  
llegó a la gloria de amar.  
¡Ay del que llega a sufrir  
la pena del no penar,  
sobre el penar del morir!  
Así, amor, no negarás  
que, tanto a éste, más me ofrezco,  
que aunque no venga jamás,  
en ver que menos padezco,  
lo más padezco que más.

Como pudo darme amor  
pena, pero no disgusto,  
viéndome amar su rigor,  
imagina ya que es gusto  
y quiere hurtarme el dolor.  
Pensar que ha de suceder  
faltarme, aún es más mortal  
que el mayor mal puede ser;  
y, así, aunque crezca mi mal,  
no puede mi mal crecer.

Juzga el amor que quitar  
la causa es quitar las penas,  
cuando me mira ejemplar  
de reloj, que, hilando arenas,  
es su fin su comenzar.  
Menguar la causa o crecer  
no altera al mal de su ser,  
que, en faltando dolor nuevo,  
siento el que siento de nuevo,  
pues no hay más que padecer.

La violencia del dolor  
trae de manera el sentido,  
que ya no siento el rigor;  
y en su lugar he sentido  
el no sentir, que es peor.  
O por suerte compadezco  
ambos males, pues jamás  
de imaginarlos carezco.  
Pienso yo que no padezco,  
y aun eso padezco más.

*Letra*

Como el bronce, que ya el fuego

*Glosa*

Cómo su pecho sería  
(Anarda me preguntaba),  
y qué labrar le podría?  
Llévela, donde labraba  
el fuego, un bronce que ardía.  
Tal experiencia la entrego,  
con que claramente vio  
antes él, como el que luego,  
puesto que ya la mostró  
como el bronce, que ya el fuego.

*Contra un prometedor*

*Epigrama primero*

En equidad, ni en rigor,  
Fabio, cuando prometiste,  
ni quedaste ni te hiciste  
liberal, sino deudor.

Que al gusto de prometer,  
(porque no hay gusto barato),  
ya de los hombres el trato  
le ha sentenciado a deber.

Y, pues, el don mío fue,  
después que fue prometido,

todo lo que no has cumplido  
pretendes que yo te dé.

Y no solicitas mal,  
fiado en este argumento,  
que yo te sufra avariento,  
pues tú me haces liberal.

*Epigrama segundo*

Dádiva leve me escondes  
entre promesas, Tomás,  
y cuando te aprieto más,  
que no tarda, me respondes.

Llegarás a concluir  
siempre, a quien siempre te aguarda,  
Tomás; porque nunca tarda  
lo que nunca ha de venir.

*Epigrama tercero*

Cuando prometes y juras,  
mil dones de engaños llenos,  
que cuando yo espere menos,  
me han de llegar, me aseguras.

Si por lo demás merezco  
que ya lleguemos al dar,  
Fabio, por no lo esperar  
yo sé que no desmerezco.

*Epigrama cuarto*

Dos veces da quien da apriesa;  
la primer dádiva es dar,  
y la segunda acabar  
la odiosísima promesa.

Tú, que la primera, Arnesto,  
no das, que en el dar se funda,  
sé franco de la segunda,  
que algo da quien niega presto.

*A un médico interesado*

*Epigrama quinto*

Diole una fiebre a Claredo,  
y a Lesbio, el doctor, llamó.  
Sanóle, y aunque sanó,  
el doctor se estaba quedo.

Viéndole cobrar prolijo,  
llamó médico mayor.  
«Por qué -preguntó el doctor-  
sano le llamáis?» Y él dijo:

«No sobran médicos dos,  
Lesbio amigo, en esta cura:  
vos limpiáis de calentura,  
pero no limpiáis de vos.»